

ALONSO ZAMORA VICENTE Y LA ACADEMIA ESPAÑOLA

Manuel SECO
Real Academia Española

1. Del Seminario de Lexicografía a la Secretaría de la Academia

Conocí a Alonso Zamora en la Academia, una tarde de mediados de junio de 1962. Aquel día, en que yo empezaría a trabajar en el Seminario de Lexicografía, mi maestro don Rafael Lapesa, subdirector —director efectivo— del Seminario, me presentó a todos los que iban a ser mis compañeros de trabajo, una veintena de personas. Naturalmente cohibido ante tantas caras nuevas, mis únicos puntos de referencia, aparte de don Rafael, eran dos amigos (uno de ellos Luis López Molina, hoy profesor ilustre y alicantino de adopción). Y además, los nombres de tres personas: las que, en la escala jerárquica de aquel laboratorio de palabras, ocupaban los tres puestos primeros con el título de redactores especiales: nombres ilustres de la lingüística española que me eran muy familiares por mis horas de estudio de bastantes años atrás. Eran don Samuel Gili Gaya, don Carlos Clavería y don Alonso Zamora Vicente. Los tres admirados profesores, que por primera vez, para mí, pasaban del ámbito de la bibliografía al de las personas de carne y hueso, me recibieron con afabilidad. Ninguno de ellos era académico entonces, aunque no pasaría mucho tiempo sin que los tres lo fuesen. De los tres, el trato más duradero fue el de don Alonso Zamora.

La presencia activa de Zamora Vicente en el Seminario de Lexicografía se prolongó hasta 1971, cuando fue nombrado secretario de la Academia para suceder a don Rafael Lapesa, que había sido secuestrado para ese cargo siete años antes.

El Seminario de Lexicografía era el departamento de la Academia fundado en 1946 por don Julio Casares para la redacción del *Diccionario histórico de la lengua española* que, proyectado por Casares y bajo la dirección efectiva de Lapesa, comenzó a publicarse por entregas a partir del año 1960. Era la obra más ambiciosa emprendida por la Academia en toda su historia, con la meta de dotar a nuestro idioma de un inventario integral de su léxico a través de todos los tiempos y a lo ancho de todas sus tierras. Sería no solo una herramienta básica para los estudiosos de la lengua, sino el punto de partida indispensable para una lexicografía de calidad de la que vergonzosamente carecían (y siguen careciendo) la Academia y el mundo hispanohablante. En esta obra, hoy suspendida, a la que muchos fuimos a colaborar ilusionados por la grandeza del proyecto, era necesario el trabajo sostenido, y heroico en más de un aspecto, de un equipo de especialistas que día a día tenían que ir poniendo en pie la infinita serie de monografías de las palabras que viven o han vivido en la historia del español (cf. Seco 1995).

Entre la fecha de mi entrada en el Seminario y la de su salida del mismo, es decir, durante nueve años, yo estuve trabajando cerca de don Alonso. (Durante todo ese período él todavía era para mí «don Alonso», como yo era para él, en esa irónica mezcla tan suya de formalidad e informalidad, «don Seco»). En aquellos años de cotidiano trabajo común, la amistad incipiente fue cuajando en intercambiadas dedicatorias de libros y sobre todo en un regalo que siempre le agradeceré: él era entonces director de una colección de estudios de literatura contemporánea en la todavía joven editorial Alfaguara, y me ofreció, sin previa lectura, la publicación en ella de mi tesis doctoral, recién presentada, sobre Carlos Arniches y el habla de Madrid.

En esta etapa suya de colaboración en el *Diccionario histórico*, ausente Lapesa durante siete años por la esclavitud de la secretaría, tocó a Zamora hacer de lugarteniente suyo para salvar la continuidad de la obra (cf. Lapesa 1967, 142). Y en el centro de la etapa, su progresiva vinculación con la vida de la Academia se consolidó definitivamente cuando, en 1966, fue elegido miembro de número de la Corporación, de la cual ya era correspondiente desde 1958.

El nuevo académico fue llamado poco después, como he dicho, a un puesto clave dentro de la Casa: la secretaría, a la que Lapesa renunciaba en 1971. Era don Rafael en la Academia el primer secretario perpetuo que dejaba de ser perpetuo. El segundo sería el propio Alonso Zamora, si bien su permanencia en el cargo se prolongó durante dieciocho años: hasta su renuncia en 1989. En todo ese tiempo colaboró en forma muy activa con cuatro directores sucesivos: Dámaso Alonso, Pedro Laín Entralgo, Rafael Lapesa y Manuel Alvar. La etapa de Dámaso fue la más larga: hasta 1982. Tras la de Laín, que duró hasta 1987, siguieron ya solamente un año de interinidad de Lapesa y el primer año del mandato de Alvar.

La mayor duración del gobierno de Dámaso Alonso hace que, lógicamente, este tiempo haya sido el más fecundo en la actividad académica de Alonso Zamora. No solo cooperó este de manera relevante desde su puesto en los habituales menesteres corporativos (cf. Sánchez Lobato 1999, 15). También se hizo cargo, en la medida que se lo permitieron los medios que tuvo a su alcance, de organizar la preparación de la que había de ser decimonovena edición del *Diccionario* llamado usual, que aparecería en 1984, siendo ya director Pedro Laín. Luego, bajo el mandato de este trabajaría asimismo en la edición vigésima, la que se publicó en 1992, ya después de cesar él mismo en la secretaría.

Pero sobre todo, aún en el tiempo de Dámaso Alonso, Zamora comenzó a dirigir la revisión del *Diccionario manual e ilustrado* de la Academia, del que hablaré con detalle más adelante.

2. Las «palabras nuevas»

Quiero detenerme ahora en una actividad personal desarrollada por Alonso Zamora en este momento de su vida académica, que tiene estrecha relación con la institución a la que servía. Desde 1964, la Academia venía publicando regularmente en su *Boletín* listas de enmiendas y adiciones aprobadas para su incorporación a la futura edición del *Diccionario* (cf. Academia 1964, 461). Antes de aquella fecha, don Julio Casares había llevado de 1959 a 1963, en el diario *Abc*, una serie de artículos, con el título general de *La Academia Española trabaja*, en que con estilo ameno comunicaba al gran público los acuerdos que la Academia iba tomando para la revisión de su *Diccionario* (cf. Casares 1963). La serie se hizo bastante popular y era seguida con interés por mucha gente. Muerto don Julio, los académicos quisieron mantener vivo el contacto perdido y estimaron que el *Boletín* sería el vehículo natural.

Pero se hace difícil pensar que las frías listas de la publicación académica pudiesen ganar la misma difusión que las terceras páginas de *Abc*. Era necesario un enfoque más directo. Alonso Zamora, aun antes de ser secretario, inició en septiembre de 1971, en la *Revista de*

Occidente, una colaboración, que se prolongó hasta mayo de 1974, encaminada a acercar a un mundo exterior más amplio los quehaceres de la Academia en materia de léxico. Pero, dado el distinto carácter del medio utilizado, el destinatario no podía ser el mismo de Casares: si en un diario nacional había de ser el ciudadano medio, en una revista intelectual parece que sería el ciudadano culto. Y, sin embargo, paradójicamente, el estilo variaba de una a otra serie en un sentido opuesto al que en pura lógica debía esperarse. Si los artículos del diario mantenían una postura didáctica que cuidaba de no remontarse sobre una expresión clara y sobria capaz de llegar a mucha gente, los artículos de la revista, sin perder la intención pedagógica, estaban inundados sin ningún recato de la presencia subjetiva, cercana, intimista, cordial, del comunicador. Permítanme que les lea como prueba unas líneas de uno de estos artículos. Se trata de algunas voces que ahora, en 1972, va a incluir la Academia en su Diccionario, a pesar de ser ya algo viejas y bastante conocidas. Habla Zamora a propósito de la palabra *aislador*, ‘pieza de material aislante que sirve para soportar o sujetar un conductor eléctrico’. Y se explaya en el comentario:

Las viejas casas, las de nuestros padres, que tenían al aire los cables eléctricos, estaban acribilladas de aisladores de porcelana. Y en todos los pueblos españoles, más de cuatro pandillas de muchachuelos organizaban, verano arriba, por la tardecita madura, su gran expedición de pedradas contra los aisladores altos, los de los postes del tendido. A esos aisladores, por su semejanza con cierto útil de la vajilla, se les llamaba en algunos lugares *jícaras*. Muchas veces la diversión infantil derivaba en horas de malhumor casero ante la exhumación olorosa del viejo candil, o de la lámpara de petróleo. Diversión ibérica, esa de las pedradas, que supongo ya extinguida. (Zamora Vicente 1972b, 401).

Por en medio de estas líneas de tema lingüístico se cuele con todo su colorido la evocación de la vida, la atmósfera rural, la memoria de las tardes de verano, fijadas en tantas páginas literarias de nuestro escritor. Con razón decía Dámaso Alonso que, «si nos acercamos a la muy dilatada y varia obra de A.Z.V. en un intento de comprensiva orientación, vemos que nuestra brújula se queda oscilando entre se diría dos polos, «lengua» y «literatura» [...]. En seguida nos damos cuenta de que se trata de una bimatización de un polo único: lo que es lengua mirado de esta parte, resulta literatura si lo contemplamos del otro lado de la valla» (Alonso 1973, 127).

Sigamos leyendo un poco más abajo. Ahora Zamora Vicente comenta el rescate de una acepción muy usual de la voz *cruce* que la Academia tenía olvidada: el *cruce* de unas conversaciones telefónicas:

Esas conversaciones, pintorescas al comienzo, desesperantes al ratito, que siempre nos salen al paso cuando hay que emplear el teléfono para algo importante [...]. Todo eso tendrá en lo sucesivo su hueco en el Diccionario, y podemos llamarle *cruce* sin miedo a molestar a nadie. Mucho ojo con seguir diciendo palabras poco amables en los casos señalados. *Cruce*, y nada más que *cruce*, y ya nos entendemos. Ah, y nada de darle porrazos al aparato, ¿eh? (Zamora Vicente 1972b, 402).

Vemos que de la simple noticia de una actuación académica ha saltado el relator con toda naturalidad a la charla espontánea y confianzuda con su amigo el lector. Se comprende bien lo que una vez escribió Carmen Martín Gaité:

Si [...] me viera forzada a elegir un adjetivo y descartar otro para retratar con pocas palabras a A.Z.V. [...], me parece que contestaría diciendo: «Pues mira, es un hombre muy serio pero muy poco formal». Podrá parecer una «boutade», pero no lo es en absoluto. En un país como el nuestro [...] es muy frecuente confundir la seriedad con la formalidad o creer que tienen que ir inevitablemente vinculadas. Y la mentalidad que se deriva de esta errónea apreciación cría una tendencia a la sorpresa ante los seres que, siendo espontáneos, alegres, accesibles e irónicos, resulta que además son serios, que lo pueden ser incluso mucho. (Martín Gaité 1973, 411).

¿Qué extrañeza puede causarnos que un servidor y representante conspicuo de la Academia, al dar voz a uno de sus humanísimos personajes de ficción, le haga aconsejar a otro que busque cierta palabra desusada en el *Diccionario de la Academia*, «que dicen que trae todo lo que no dice nadie» (Zamora Vicente 1972a, 114)? Me parece sumamente digna de aprecio esta actitud que, detrás del guiño humorístico, revela un matiz autocrítico de saludable objetivación y de científico distanciamiento respecto al Libro Sagrado mitificado por la masa de los hispanohablantes. Y es interesante considerar que, pocos años después, el mismo creador de la broma se vería en el trance de emprender la seria (y laboriosa) tarea de revisar personalmente, de la primera a la última página, todo un diccionario académico.

3. El «Diccionario manual e ilustrado»

Se trataba del *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, versión abreviada del *Diccionario común*, y que la Academia publicó por primera vez en 1927 y en 1950 fue objeto de una segunda edición. En ambas apariciones había obtenido una acogida excelente, dando lugar a muchas reimpressiones (v., en general, Seco 1993 y 1994). El proyecto de una obra de este calibre ya había brotado, aunque sin éxito, nada menos que cuatro veces entre 1816 y 1853 (Seco 1994, 540, y Zamora Vicente 1999, 373-374). Al fin, en 1915 tomó cuerpo la idea germinal de esta publicación, provocada por la irrupción en el mundo hispánico, tres años antes, de un pequeño pero «agresivo» competidor del magno *Diccionario académico*: el *Pequeño Larousse ilustrado*, adaptación española, realizada por Miguel de Toro Gisbert, del *Petit Larousse* de Claude Augé que desde principios del siglo triunfaba en Francia. El proyecto académico, concebido para disputar al *Larousse* la clientela de un sector social más amplio que el destinatario del *Diccionario grande*, no cuajó en libro hasta pasados doce años. Entre sus características, diseñadas por don Ramón Menéndez Pidal, y que en buena parte se inspiraban en las del *Pequeño Larousse* (Seco 1993, 153), destacaban el formato muy manejable, el precio económico, la presencia de ilustraciones, la eliminación de las voces que el *Diccionario común* daba como anticuadas y la inclusión, en cambio, de muchos neologismos que en aquel no figuraban, prestando atención especial a los usos hispanoamericanos. Si a esto se añadía la garantía académica, el éxito podía darse por seguro, y así lo previeron los editores, que al contratar la publicación del nuevo producto se comprometieron a una tirada de *cien mil ejemplares* (atención: eran los años veinte), frente a los treinta mil del *Diccionario común* (Seco 1994, 540).

El gran acierto de esta nueva producción no estaba solo en el propósito de llegar a mucha más gente, sino en dos rasgos de modernidad que nadie se detiene a señalar: 1º, con la exclusión de las voces anticuadas y la inclusión de neologismos se ponía el acento en la sincronía; y 2º, con esa incorporación de usos nuevos, aunque muchos de ellos llevasen una nota reprobatoria, solo con el mero hecho de registrarlos se daba a la obra un tinte descriptivo que era el gran ausente del *Diccionario grande*, ofreciendo una imagen mucho más real del léxico español vivo

en aquel momento. Muchas de esas voces del *Manual* representan la datación más antigua de ellas en la lexicografía académica. Por ejemplo, en el *Diccionario manual* de 1927 figuraban ya palabras como *bar* (que en el grande no entró hasta 1947); *autobús*, *marrón* [color] y *smoking* (que en el grande no entraron hasta 1970); *ballet* y *snob* (que no entraron en el grande hasta 1992), o *hall* (que no ha entrado en el grande hasta el año 2001).

La segunda edición del *Diccionario manual* se publicó casi un cuarto de siglo después de la primera, bajo la dirección de Julio Casares y conservando las mismas características. Pero esa segunda de 1950, pasado ya otro cuarto de siglo, necesitaba un nuevo remozamiento. En la etapa de la dirección académica de Dámaso Alonso se decidió la preparación de una tercera edición, y fue Alonso Zamora quien asumió la tarea de coordinarla. La nueva aparición de la obra tendría una característica externa revolucionaria: se publicaría en fascículos semanales para vender en los quioscos. No obedecía esto a un capricho extravagante: por un lado, no desentonaba del destino divulgador con que había nacido este diccionario; por otro, las dificultades económicas que en aquella época atravesaba la Academia impedían los gastos considerables que se hubieran añadido a los de los otros diccionarios de la Casa (cf. Zamora Vicente 1999, 374). Aquellos fascículos, una vez encuadrados, llenarían seis volúmenes de formato parecido al del *Diccionario común*, con lo cual, evidentemente, la denominación de «manual» perdería su sentido; pero estaba previsto llevar a cabo inmediatamente la presentación en un solo volumen.

Al frente de un breve equipo —la inolvidable María Josefa Canellada, con Guadalupe Galán y José María Martín—, Zamora inició el trabajo en 1978 ó 79 (según su propia información), y la publicación comenzó en 1983 para completarse en 1985. La revisión de los fascículos con vistas a la versión en un volumen desembocó de hecho en una nueva edición, que sería la cuarta y que no se publicaría sino en 1989.

Las dos ediciones dirigidas por Zamora, tercera y cuarta, presentan entre sí, como es natural, un claro aire de familia, si bien es cierto que la última supera en muchos detalles a la anterior. Las dos se atienen a los principios establecidos para la edición primera, de 1927, y seguidos por la de 1950. Pero se observan tres importantes cambios positivos con respecto a estas dos primeras versiones:

En primer lugar, las viejas ediciones del *Manual* marcaban con un asterisco todas las palabras y acepciones de origen extranjero consideradas no aceptables, e indicaban las expresiones «castizas» con las que debían sustituirse. Las ediciones nuevas reducen de manera espectacular tales asteriscos, unas veces porque formas antañón reprobadas acabaron entrando con el paso del tiempo en el *Diccionario común*, otras veces porque algunas cayeron en desuso, y otras veces porque el *Diccionario manual* les retira la censura y ahora se limita a indicar que «por el momento» no han sido acogidas en el repertorio oficial.

En segundo lugar, en las primeras ediciones del *Manual* se marcaban con un corchete voces y acepciones nuevas consideradas aceptables, pero todavía no incluidas en el *Diccionario común*. Pues bien, el número de estas marcas se ha multiplicado ostensiblemente en las dos ediciones de Zamora, abriendo de manera notable las puertas al neologismo.

Y en tercer lugar, si en las ediciones anteriores del *Manual* quedaban excluidas todas las voces y acepciones que el *Diccionario* mayor marcaba como anticuadas, en las ediciones nuevas no solo se mantiene ese destierro, sino que se señalan como «poco usadas» o «desusadas» muchas otras palabras y acepciones que aquel, al no marcarlas, daba (y en buena parte continúa dando) como usuales.

En definitiva, estos cambios acentúan con vigor las tendencias sincrónica y descriptiva que ya apuntaban con claridad en el nacimiento del *Diccionario manual*, y se observa cómo pierde

fuerza el viejo purismo ante una actitud más liberal, más realista y más acorde con un concepto científico de la lexicografía. Son los caracteres más individualizadores de esta obra frente al *Diccionario* común, señalado por la tradición y por la aclamación pública como el diccionario normativo por excelencia. Se trata, pues, no de un compendio, sino de un perfecto complemento necesario de la obra mayor.

La Academia, sin embargo, no ha dado señales de percibir esta importante función y se ha desinteresado de la continuidad de la obra. Trata ahora de reunir en el *Diccionario* común los dos criterios de difícil convivencia, el suyo normativo tradicional (que sin duda responde también a una necesidad) y el descriptivo que el *Manual* había asumido con eficacia durante más de medio siglo.

De todo lo que he dicho hasta ahora acerca del *Diccionario manual*, creo que es fácil entender cómo, a mi juicio, desde mi visión de lexicógrafo, ha sido esta una de las dos aportaciones de mayor importancia que ha hecho Alonso Zamora a la Academia.

4. La «Historia de la Academia»

La otra gran aportación es la *Historia de la Real Academia Española*, publicada en fecha todavía reciente, a la que dedicaré menos espacio ya, no porque no lo merezca, sino porque su calidad salta más a la vista de todos y no necesita, como la otra, el análisis del especialista para que sea debidamente apreciada. Son 660 páginas en gran formato, con muchas excelentes ilustraciones que enriquecen el valor documental del texto, y en esas páginas ha volcado Alonso Zamora su experiencia de los largos años intensamente vividos entre las paredes de la Academia, muchos de ellos desde el observatorio privilegiado de la secretaría. Esto, para una mirada mucho más avizora de lo corriente, vale por todo un archivo. Pero claro está que Zamora no se limita a contar la Academia que él ha conocido; no es solo la Academia vivida por él, sino la vida toda de la Academia, la vida externa, la que narran las crónicas más o menos conocidas, y la vida interna, aquella cuya memoria han guardado en sus entresijos miles de líneas de miles de papeles a través de ya casi tres siglos.

Según me ha dicho el propio autor, el origen de esta *Historia* se entronca, curiosamente, con el *Diccionario manual* del que acabo de hablar. Cuando este diccionario se publicaba parcelado en fascículos de quiosco, la contracubierta de cada fascículo ofrecía el retrato de un académico ilustre, o menos ilustre, acompañado de una semblanza redactada por el director de la obra. Esta obligación semanal fue familiarizando a Zamora con las figuras del pasado y con los papeles que hablaban de ellas, que a menudo iluminaban oscuridades olvidadas. Con toda naturalidad se iría condensando en él la idea de tramar una explicación sistemática de lo que ha sido y es la Academia Española. Un anticipo de esta historia, una «brevísima relación», como hubiera dicho un cronista de Indias, sería el capítulo con el que Alonso Zamora contribuyó al volumen colectivo *Las Reales Academias del Instituto de España*, publicado conjuntamente por este Instituto y el Ayuntamiento de Madrid en 1992, con motivo de la capitalidad de la cultura que aquel año le tocó a la capital de España. En menos de cincuenta páginas narraba Zamora los antecedentes, el nacimiento, la temprana madurez, los avatares, los frutos, la expansión, la actualidad. Un relato conciso, pero perfecto y redondo, que después, en 1999, ha aparecido más perfecto y más redondo en una extensión catorce veces mayor, que demuestra cuánta documentación oculta sustentaba las breves páginas anteriores.

La *Historia de la Real Academia Española* es mucho más que un registro cronológico del devenir de una institución que se acerca a los tres siglos. Después de la aventura de su fundación, recuerda uno por uno, con su nombre y su personalidad, a los miembros que ha

acogido durante tan largo espacio, incluyendo a los honorarios, supernumerarios y correspondientes; los estatutos por los que se ha regido y los locales que la han cobijado; las innumerables publicaciones con que ha dado fe de su existencia y de su trabajo, empezando por el admirable *Diccionario de autoridades*, verdadero fundamento de todo su prestigio; el tesoro de su biblioteca, generoso panal para los estudiosos de nuestra lengua y nuestra literatura; el esfuerzo por salvar y alentar la unidad de nuestra lengua en el mundo... Pero la historia va mucho más allá: sale a la calle y recoge la presencia de la Corporación en la vida del país, el eco del quehacer académico en la sociedad española, las voces hostiles que nunca le han faltado a la Academia desde el mundillo intelectual, los días aciagos que hubo de apurar en las sacudidas políticas de los siglos XIX y XX... Son capítulos rebosantes de vida, en que la calidad narrativa atrapa al lector sin que se dé cuenta de la cantidad y variedad de las fuentes con que se ha tejido el gigantesco panorama.

5. Conclusión y esperanza

La Academia Española está en deuda con Alonso Zamora por muchas piezas que se integran en una unidad: la entrega de un largo tramo de su vida. Esa entrega abarca muchas horas, muchos días y muchos años. Una gran parte del trayecto está hecha de trabajo cotidiano y silencioso. De paciencia y de constancia. Pero otra parte, no menos grande, se levanta ante nuestros ojos en la forma de ese monumental friso de la historia de la corporación, y en la de esa obra aparentemente menor, el *Diccionario manual*, que ha constituido una singular aportación lexicográfica a la labor tradicional de la Academia; y que tanto contribuyó durante casi tres cuartos de siglo al prestigio de la institución, en bastante mayor medida de lo que parecen creer los académicos.

¿Cuándo tendremos una segunda edición de la *Historia de la Academia*, que no sea *para regalo* y que esté enriquecida con los materiales inéditos que ha seguido acopiando el autor? ¿Cuándo renacerá el *Diccionario manual*, recuperando el importante papel que desempeñó y que hoy sigue siendo una necesidad en la lexicografía hispánica? No quiero perder ninguna de las dos esperanzas.

Referencias bibliográficas

- ACADEMIA ESPAÑOLA, REAL, 1927, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española* [1ª edición], Madrid, Espasa-Calpe.
- ACADEMIA ESPAÑOLA, REAL, 1950, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, 2ª edición, Madrid, Espasa-Calpe.
- ACADEMIA ESPAÑOLA, REAL, 1964, «Enmiendas y adiciones a los Diccionarios de la Academia aprobadas por la Corporación», *Boletín de la Real Academia Española*, XLIV, págs. 461-473.
- ACADEMIA ESPAÑOLA, REAL, 1983-85, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, 3ª edición revisada [Coordinador, Alonso Zamora Vicente; colaboradores, M^a Josefa Canellada, Guadalupe Galán, José M^a Martín], 6 vol., Madrid, Espasa-Calpe.
- ACADEMIA ESPAÑOLA, REAL, 1989, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, 4ª edición revisada [Coordinador, Alonso Zamora Vicente; colaboradoras, M^a Josefa Canellada, Guadalupe Galán], Madrid, Espasa-Calpe.
- ALONSO, DÁMASO, 1973, «Notas volanderas sobre el arte de Alonso Zamora Vicente», *Papeles de Son Armadans*, LXX, núm. 209, págs. 127-135.

- CASARES, JULIO, 1963, *Novedades en el diccionario académico. La Academia Española trabaja*, Madrid, Aguilar.
- LAPESA, RAFAEL, 1967, «Contestación» [a A.Z.V.], en Alonso Zamora Vicente, *Asedio a «Luces de bohemia»* [...] [Discurso de ingreso en la R.A.E.], Madrid, Real Academia Española, págs. 127-142.
- MARTÍN GAITE, CARMEN, 1973, «Brindis por Alonso Zamora Vicente», *Papeles de Son Armadans*, LXX, núm. 210, págs. 411-413.
- SÁNCHEZ LOBATO, JESÚS, 1999, «Laudatio», *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Madrid, Universidad Antonio de Nebrija, págs. 7-28.
- SECO, MANUEL, 1993, «La otra voz de la Academia Española: notas sobre el *Diccionario manual*», *Hispanic Linguistic Studies in honour of F. W. Hodcroft*, Oxford, The Dolphin Book, págs. 153-168.
- SECO, MANUEL, 1994, «Menéndez Pidal y el Diccionario manual de la Academia», *Sin fronteras. Homenaje a María Josefa Canellada*, Madrid, Editorial Complutense, págs. 539-547.
- SECO, MANUEL, 1995, «El Diccionario histórico de la lengua española», *International Journal of Lexicography*, VIII, págs. 203-219.
- ZAMORA VICENTE, ALONSO, 1972a, «Goyito, tirador de pecho», *A traque barraque*, Madrid, Alfaguara, págs. 113-124 (Publicado originalmente en *Papeles de Son Armadans*, 1969, LV, núm. 163; cf. M^a J. Postigo, «Bibliografía de A.Z.V.», *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, I, Madrid, Castalia, 1988, pág. 564).
- ZAMORA VICENTE, ALONSO, 1972b, «Más palabras nuevas», *Revista de Occidente*, núm. 108, págs. 399-407. (Reproducido en íd., *Al traluz de la lengua actual*, Madrid, Editorial Universidad Complutense, 1988).
- ZAMORA VICENTE, ALONSO, 1992, «Real Academia Española», *Las Reales Academias del Instituto de España*, Madrid, Alianza, págs. 53-100.
- ZAMORA VICENTE, ALONSO, 1999, *Historia de la Real Academia Española*, Madrid, Espasa Calpe.